

—De Pordenone.

—¿Cómo os llamáis?

—El teniente Richard.

Napoleón miró al joven con más atención todavía.

—¿Traéis alguna carta de Eugenio que os acredite cerca de mí?

—Sí, señor.

Y el joven oficial sacó del bolsillo una carta con las armas del virrey de Italia.

—¿Y si os hubieran tomado esta carta,—preguntó Napoleón,—ó la hubierais perdido?

—S. A. me la hizo aprender de memoria.

—¡Ahora bien, caballero! ¿Queréis decirme en qué consiste que hace una hora llegasteis de Ratisbona en traje de cazador de la guardia, y llegáis, hace diez minutos, de Pordenone en traje de oficial de Estado Mayor de Eugenio? ¿Cómo, en una palabra, tenéis encargo de darme noticias de Davoust y del virrey de Italia?

—Dispensad, señor; pero ¿no dice V. M. que ha llegado hace una hora un oficial de cazadores de la guardia, de parte del general Davoust?

—Sí: hace una hora.

—¿De veinticinco á veintiséis años?

—De vuestra edad.

—¿Que se me parece?

—Hasta confundirse con vos.

—¿Y se llama...? Perdóneme V. M. si le interrogo, pero ¡estoy tan contento!

—Se llama el teniente Richard.

—¡Es mi hermano, señor! ¡Mi hermano gemelo! Hace cinco años que no nos hemos visto.

—¡Ah! Ya comprendo... Pues bien: vais á veros.

—¡Oh, señor! Un abrazo á mi querido Pablo y marchó al instante.

—¿Estáis en disposición de partir?

—Señor, espero el honor de recibir vuestras órdenes.

—Pues bien: id á abrazar á vuestro hermano y estad dispuesto á partir.

El joven, rebosando alegría, saludó y salió.

Al quedarse solo Napoleón, abrió la carta.

A las primeras líneas nublóse su frente.

—¡Oh Eugenio, Eugenio!—dijo.—Mi cariño por ti me ha cegado; buen coronel, general menos bueno, mal general en jefe... El ejército de Italia en retirada hacia Sacile,

¡toda una retaguardia arrebatada por culpa del general Sahu! —Otro á quien le pesa la guerra.— Por fortuna, no tendré necesidad del ejército de Italia... ¡Berthier! ¡Berthier!

El jefe de Estado Mayor apareció.

—He resuelto mi plan,—dijo Napoleón.—Preparad diez correos para llevar mis órdenes; que cada orden sea triple y se encamine á su destino por tres caminos diferentes.

IV

Las ruinas de Abensberg

En tanto que Napoleón despedía á diez mensajeros diferentes con las órdenes cuyos resultados veremos en seguida; en tanto que los dos hermanos Pablo y Luis Richard —que no se habían visto desde cinco años antes, y cuya sorprendente semejanza había dado ocasión al singular *quid pro quo* que hemos visto,— se echan en brazos uno de otro, con la ternura de dos hermanos que á cada instante puede separar para siempre una bala ó un casco de granada, digamos lo que ocurría en la ciudad de Abensberg, situada á siete ú ocho leguas de Ratisbona.

Cuatro jóvenes de diez y seis á diez y ocho años, pertenecientes el uno á la Universidad de Heidelberg, el otro á la de Tubinga, el tercero á la de Leipzig y el cuarto á la de Göttingue, se paseaban, agarrados del brazo, cantando la marcha del comandante Schill, que acababa de levantar en Berlín el estandarte de la revuelta contra Napoleón.

Al rumor del canto, otro joven de veinte á veinticinco años —sentado al lado de una joven de diez y seis años, que bordaba al tambor, mientras que su hermana, niña de nueve años, jugaba á muñecas en un rincón—, se inmutó, levantóse y se dirigió á la ventana.

En el momento en que pasaban los cuatro cantores, divisaron su frente, ligeramente pálida desde hacía un segundo, pegada al cristal, y le hicieron una seña imperceptible, á la que respondió también imperceptiblemente.

La joven, al ver que se levantaba, le siguió con la mirada con inquietud, y, por imperceptible que hubiese sido la seña con que contestara, la había observado.

—¿Qué tenéis, Federico?—le preguntó.

—Nada, querida Margarita,—respondió el joven, volviéndose á sentar al lado de aquélla.

La joven que acabamos de designar con el nombre de Margarita era, bajo todos aspectos, digna de ostentar aquel nombre, si le damos por patrona la poética creación de Goethe, que hacía furor entonces en Alemania.

Era rubia como una verdadera hija de Arminio, con ojos azules de color de cielo; cuando peinaba sus largas guedejas, caían hasta el suelo; y cuando se asomaba á la corriente del Abens para mirarse como una ondina en el agua transparente del río, el agua, que murmurando de sorpresa iba á verterse en el Danubio, creía haber reflejado la imagen de alguna mujer metamorfoseada en flor, ó de alguna flor metamorfoseada en mujer.

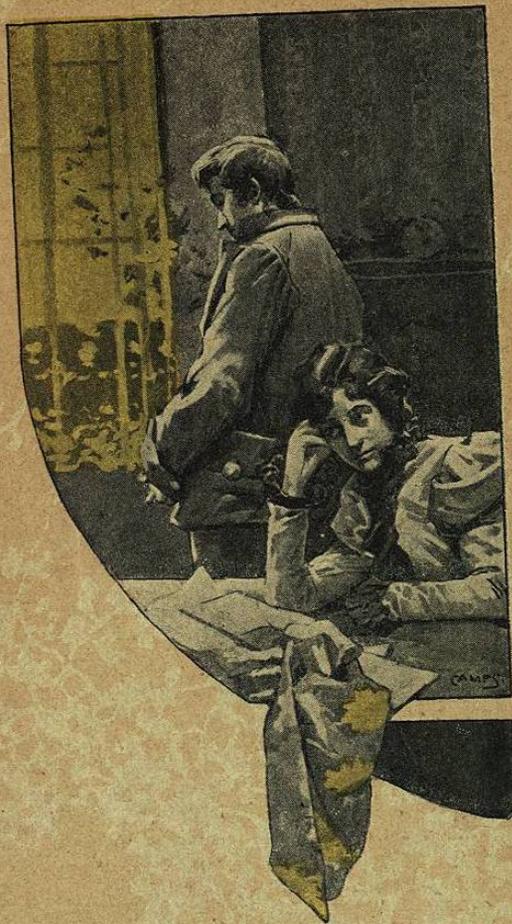
Su hermana todavía no era más que una de esas encantadoras niñas, blancas y sonrosadas, que juegan en la dorada arena que el destino siembra á manos llenas en el sendero delicioso por donde penetran en la vida.

En cuanto al estudiante que, al oír cantar la marcha del comandante Schill, había pegado el rostro á los cristales, y que, al llamarle Margarita, se había sentado á su lado, era, como hemos dicho, un joven de unos veinte años, de mediana estatura, algo demacrado, ya sea por la fatiga, ya por las vigiliass, ya por una de esas terribles ideas que transpiran en los semblantes de los Casio y de los Jacobo Clement; largos cabellos rubios, rizados naturalmente, caían sobre sus hombros; su boca era pequeña, pero acentuada con firmeza, y al entreabrirse dejaba ver dos filas de dientes blancos como perlas; una indefinible expresión de tristeza nublaba su rostro.

«¡Nada!», respondió, al sentarse al lado de Margarita; pero aquella respuesta no serenó á la joven, y aun cuando no replicó, aun cuando aparentemente se puso á trabajar con más atención, Federico, que la abarcaba con su ardiente mirada, pudo observar dos lágrimas silenciosas que se apiñaban entre los largos pelos de sus pestañas, temblaban un instante á su extremidad, como dos perlas, y caían en la tapicería.

La niña, que había dejado el rinconcito donde jugaba para pedir á Margarita un consejo sobre el vestido de su muñeca, vió también caer aquellas lágrimas, pues con la indiscreta é ingenua curiosidad de los niños, preguntó:

—¿Por qué lloras, Margarita? ¿Te ha vuelto á hacer daño Federico?



Estas palabras penetraron hasta lo más profundo del corazón del estudiante. Dejóse caer á los pies de la joven.

—¡Oh! ¡Margarita!... ¡querida Margarita!—dijo.— ¡Perdóname!

—¿Qué?—preguntó la muchacha, levantando hasta su amante sus hermosos ojos, humedecidos aún con aquel rocío del corazón que llaman lágrimas.

—¡Perdóname mi tristeza, mi preocupación, hasta mi locura!

La joven movió la cabeza, mas no contestó.

—Oye,—prosiguió Federico:—tal vez haya medio todavía de que seamos felices.

—¡Oh! ¿Cuál?—respondió la joven.—Y si está en mi mano ayudaros para esa obra de ángeles llamada dicha, aunque tuviera que sacrificar mi vida, ¡seréis dichoso, Staps!

—Pues bien: obtengamos de vuestro padre que nos deje casar sin tardanza, y, una vez casados, huyamos, dejemos Alemania, vayámonos á algún rincón del mundo, á donde no haya llegado el nombre de *ese hombre*.

—Pedís imposibles, mi pobre Federico,—respondió la joven.—¡Dejar á mi padre! Ya sabéis que, cuando me hablasteis, por primera v. z, de vuestro amor, á lo que os contesté, con toda la sencillez de mi corazón, que yo también os amaba, ya sabéis que impuse una condición incontestable á nuestro enlace.

—Sí,—dijo Fritz, levantándose y apretándose la cabeza con las manos;—sí: no separarnos de vuestro padre; es verdad.

Y, después de dar algunos paseos por la estancia, se dejó caer en un sillón, al lado de la ventana.

La joven se levantó á su vez y fué á arrodillarse ante él.

—Veamos,—dijo;—sed razonable, Fritz, vos que sabéis nuestra posición, vos que conocéis la escasa fortuna de mi padre; mi madre, al morir, le dejó con una niña casi en la cuna, y yo he substituído á mi madre en los cuidados de la casa y en los que correspondían á Lieschen...

—Sí, lo sé, Margarita, que sois un ángel, y no me reveláis nada nuevo al decirme esto.

—Podía creer que lo habíais ovidado, Federico, puesto que me proponíais casarnos para huir y abandonar á mi padre.

—Pero ¿si vuestro padre consintiera...?

—¡Corazón egoísta!—dijo la joven.—Sin duda que consentirá, porque ~~si~~ pondrá mi dicha y en la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LIO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTREPY. URUGUAY

~~5498~~

77942

otra su aislamiento; y preferirá vivir solo y que su hija sea dichosa.

—No vivirá solo, Margarita, porque tendrá á su lado á la pequeña Lieschen.

—Y ¿en qué puede ayudarle una niña de ocho años, como no sea en hacerle la vida imposible? La cura de mi padre le renta cuatrocientos thalers; pues bien: gracias á mi economía, esta suma basta para las necesidades de los tres; pero cuando entre aquí otra mujer, ¿serán suficientes cuatrocientos thalers á la existencia de dos personas?

—Mis padres gozan de alguna fortuna, Margarita; harán un sacrificio, y vuestro padre no carecerá de nada.

—¡Le faltará su hija, ingrato! ¡Su hija que le habréis robado! ¡Oh Staps! Cuando entrasteis en esta casa, una hermosa tarde de primavera, al saludar á los habitantes, á los muebles y hasta á las mismas paredes con estas amistosas palabras: «¡Dios y la dicha sean con los corazones puros y las humildes fortunas!», ¿queríais decir: «Señor Stiller, recibid en vuestra casa á un hombre que se hará amar por vuestra hija Margarita, y cuando ya le ame, en recompensa de vuestra paternal acogida, de vuestra cordial hospitalidad, hará cuanto pueda para arrebataros á vuestra hija, con el pretexto de que no puede vivir feliz más que en un país á donde no haya llegado el nombre de Napoleón»?

—¡Oh! ¡Margarita! ¡Margarita! Ya no puedo ser feliz más que con esta condición; ¡os lo juro!... Y además,—murmuró con voz casi ininteligible,—no seré feliz sino faltando á los más sagrados juramentos!

Sea que Margarita no hubiese oído la segunda parte de la frase, que el joven había pronunciado entre dientes, sea que, habiéndola oído, no la hubiera comprendido, sólo respondió á la primera:

—¿No podéis ser dichoso más que en un país á donde no haya llegado el nombre del emperador, según decís? Y ¿dónde está este país? ¿En qué territorio está situado? Tal vez poseáis el medio, mi querido insensato, de alcanzar alguna de las estrellas que se ciernen sobre nosotros; y ¿quién os dice, además, que los habitantes de ese planeta no se asoman para ver lo que pasa en nuestro mundo?

—Tenéis razón,—respondió Federico, esforzándose por sonreír;—yo soy el loco!

—No, Fritz,—dijo Margarita con profunda tristeza;—no, no estáis loco. Voy á deciros lo que sois.

—Margarita...

—Sois un conspirador, Fritz.

—¡No es conspirador el que quiere libertar á su país! —exclamó el joven.

Y sus ojos lanzaron un relámpago.

—Llámase conspirador, amigo mío, quien quiera que forme parte de una sociedad secreta, de una afiliación misteriosa. Veamos, miradme cara á cara, y atreveos á decirme que no pertenecéis á la Burschenschaft (1).

—¿Por qué he de negarlo? ¿No están acaso con nosotros todos los corazones leales de Alemania?

—¡Atreveos á decir, Federico, que el canto del comandante Schill que acabáis de oír, que os ha hecho estremecer, levantaros é ir á la ventana, no es una seña!

—Margarita,—respondió Fritz,—ya veis cuánto os amo, y cuánto este amor que os tengo me impele á cometer actos vergonzosos. Sí, yo pertenezco á la Unión de Virtud; sí, soy uno de los *wissende* (2); sí, ese canto es una seña; sí, lo que no habéis dicho, el Anticristo, está á ocho leguas de nosotros; pues bien: si me dijerais: «¡Federico, partamos y seamos felices!... ¡vivamos el uno por el otro!», yo olvidaría á mis amigos, mis juramentos; olvidaría la Alemania y partiría con vos, Margarita, aunque mi nombre fuese clavado con un puñal al poste infamante! Atreveos ahora á decir que no os amo.

—Pues bien, Federico: vais á ver si yo también os amo. ¿Por qué no empuñáis un fusil? ¿Por qué no os sumáis á los defensores de Alemania? ¿Por qué no combatís en nombre de vuestra patria? Arriesgaríais vuestra vida, es cierto; pero todo verdadero alemán debe su vida á Alemania.

—He pensado en ello, Margarita; pero ese hombre está embrujado: como los antiguos caballeros de nuestras leyendas, pasa por en medio del fuego, de las balas y de la metralla, y el fuego se apaga, las balas se desvían, la metralla abre camino!

—Sí; de modo que... ¡el hierro es más seguro!

—Margarita...

—Fritz, ¡aquí está mi padre! Por favor, ocúltale lo que no me has podido ocultar: ¡te maldeciría y te arrojaría de aquí!

(1) Reunión de todas las Universidades en una cofradía general.

(2) *Que saben, que están en el secreto*; término que remonta á los tiempos del antiguo tribunal de la Santa-Wehme.

—¿Tan mal alemán es y tan buen francés?—dijo Fritz con amarga sonrisa.

—No es alemán ni francés, Staps: ¡es cristiano! Deplora todas las guerras que los soberanos califican de encuentros gloriosos, y que le recuerdan horribles carnicerías, y su buen corazón le hace soñar en el imposible de ver que los hombres se amen en vez de odiarse.

Y, mientras que la pequeña Lieschen, dejando su muñeca y sus juguetes, corría á recibir al pastor Stiller, Margarita reanudó su labor, sobre la que rodaron dos nuevas lágrimas que ni cuidó de ocultar como las primeras.

El pastor entró profundamente triste, casi abatido. Besó á sus dos hijas y tendió la mano á Federico.

—¿Qué tal?—preguntó Staps. —¿Hay noticias?

—Escuchad,—dijo el pastor.

Todos prestaron oído, y percibieron las cornetas austriacas que entonaban la *Marcha de Lutzow*. —¡Ah!—exclamó Federico. —¡Aquí están, por fin, los vengadores!

Y se lanzó fuera de la casa, para llegar de los primeros á saludar á aquellos soldados que el archiduque Carlos intitulaba los *salvadores de Alemania*.

Era el cuerpo de ejército del general austriaco Thierry que iba á tomar posición en Arnhofen.

En aquel mismo instante enviaron exploradores por la ruta de Ratisbona.

El resultado de los informes fué que el emperador había llegado aquella misma mañana á Donauwörth.

Sería difícil de explicar la impresión que aquella noticia causó á los soldados austriacos; pero, con toda seguridad contribuyó á exaltar los odios de los estudiantes de las varias universidades que, ignorábase por qué, de algún tiempo á aquella parte se habían dado cita en la pequeña ciudad de Abensberg.

Por segunda vez, cuatro estudiantes, dándose el brazo, recorrieron la ciudad cantando la canción del comandante Schill, como si temieran no haber sido oídos por todos la primera vez.

Aparte la llegada de Napoleón en Donauwörth, las demás noticias eran vagas: los oficiales austriacos, y el mismo general en jefe, no poseían ningún detalle cierto acerca la situación del ejército francés; sabían únicamente que el grueso de nuestras tropas estaba en Ratisbona y en Augsburg.

Se hizo alto; vacilábase en adelantar, sin informes más

positivos, por aquel país lleno de bosque y cortado por multitud de pequeñas corrientes.

Llegó la noche; colocáronse las avanzadas con todas las precauciones de santo y seña y de emplazamiento que se toman delante del enemigo. Había centinelas por todas partes, hasta en el puente levadizo del arruinado castillo de Abensberg.

Los centinelas se relevaban de hora en hora. El que velaba desde las doce á la una de la madrugada, en aquel puesto del viejo castillo, en el momento en que acababa de sonar la última campanada de la media noche, vió que se le acercaban dos hombres envueltos en sus capas.

—¿Quién vive?—gritó.

—¡Amigos!—respondió en alemán uno de los dos hombres.

Luego, acercáronse al centinela, y abriendo la capa para mostrar que no llevaban arma ninguna ofensiva ni defensiva, le dió el santo y seña con tanta exactitud, que el centinela no opuso dificultad en dejarlos pasar á él y á su compañero.

Entrambos hombres tomaron por el puente levadizo y se hundieron en las ruinas.

Cinco minutos después apareció otro.

El mismo grito de «¿quién vive?» se dejó oír, tomáronse las mismas precauciones y también se dió el santo y seña.

Catorce personas, idénticamente envueltas en capas oscuras, pasaron de este modo entre las doce y doce y cuarto, los unos aisladamente, los otros en grupos de dos y hasta de tres, nunca de más.

Apenas habían pasado, cada uno de esos misteriosos adeptos sacaba una máscara negra de debajo de la capa, y se cubría el semblante.

Las doce y cuarto daban cuando se presentaron los dos últimos, que completaban el número de diez y seis.

Vamos á seguirles.

Como los demás, ganaron el puente levadizo; como los demás, desaparecieron entre las ruinas; pero, al llegar cerca de un gigantesco pilar, en el que parecía estribar toda una bóveda, el que andaba delante se detuvo.

—Teniente,—dijo en voz baja y en francés,—acordaos de que no se trata de una travesura de niños; si uno ú otro somos reconocidos, ¡podemos darnos por muertos!

—Lo sé,—respondió el segundo;—pero ¿creéis que se me pueda reconocer por el acento?

—¡Quia! Habláis el alemán como un alemán, y si sois

reconocido, no será, ciertamente, por vuestras palabras.

—Entonces ¿en qué piensas que pueden reconocermos? No será por mi cara, porque vamos enmascarados.

—Llegará un momento en que será preciso quitaros el antifaz.

—Es la primera vez que vengo á Abensberg, y sólo desde ayer estaba en Ratisbona.

—¡Reflexionadlo bien!

—Lo tengo bien reflexionado.

—Una vez más repito que ahí dentro no se juega un juego de niños, aun cuando sean niños los que lo juegan; hay peligro de la vida; ¡a la más leve sospecha seréis asesinados!

—Tú hablas de la vida como de cosa importante para un hombre que juega todos los días la suya en el campo de batalla.

—En un campo de batalla, sí, perfectamente; á la luz del día, para ganar una segunda charretera ó una cruz; pero aquí, si tenéis desgracia, si os matan, la cosa pasará en la obscuridad, ¡entre tinieblas, en el fondo de una cueva! No todo el mundo gusta de ser asesinado por la espalda, ó estrangulado entre dos puertas, como un czar ruso ó un gran visir otomano.

—Tío Schlick,—dijo con voz firme aquel á quien trataban de inspirar semejantes temores,—he recibido una misión y la cumpliré.

—Sea,—dijo el espía.—Yo debía advertiros: sois libre de satisfacer vuestro capricho.

—Quedo advertido.

—En caso de peligro, no contéis con mi ayuda; sólo lograría perderme con vos, sin poderos salvar. Mucho me gustan los napoleones de S. M. el emperador de los franceses; pero prefiero mi cabeza.

—Yo no debo exigir otra cosa de ti que lo que te has comprometido á hacer: introducirme entre los hermanos de la Unión de Virtud y presentarme á ellos como un adepto.

—Reparad que, al menor peligro, os repudio, y más bien tres veces que una, como San Pedro.

—Te lo permito.

—¿Persistís?

—Persisto.

—Entonces, ni una palabra más.

Después de aquella respuesta, el tío Schlick apretó un resorte oculto entre las esculturas del pilar, el cual volvió

sobre sí mismo y descubrió una estrecha abertura, lo bastante ancha, sin embargo, para que pudiera pasar un hombre.

Una escalera, cuyo primer peldaño estaba á nivel del suelo, conducía, al parecer, á una sala subterránea; hallábase alumbrada por una lámpara suspendida en el interior mismo del pilar, que podía tener unos doce pies de circunferencia exterior.

El guía, á través de su negra máscara, echó una ojeada á su compañero, como para decirle: «¡Estáis á tiempo todavía!» Y, en efecto, hallábanse fuera de la vista del centinela; no se oía ningún ruido en las antiguas ruinas, y un cielo negro, sin estrellas y sin luna, parecía pesar sobre los desgarrones que la mano del tiempo había abierto en las gigantescas murallas. —¡Vamos!—dijo aquel de los dos compañeros que nos es desconocido

Como si sólo hubiese esperado esta última palabra, el guía penetró en la escalera de caracol.

El desconocido le siguió, cerrándose la puerta detrás de ellos. Al llegar al fondo de la escalera, el que servía de guía halló una puerta de bronce y dió tres golpes á intervalos iguales. Cada golpe resonó en la puerta como si hubiera golpeado un tam-tam. —¡Atención!—dijo Schlick.—Va á abrirse la puerta y el vigilante nos espera al otro lado.

La puerta, efectivamente, se abrió, presentándose un hombre enmascarado en la abertura: era el vigilante.

—¿Qué hora es?—preguntó á los dos compañeros.

—La hora en que amanece,—respondió Schlick.

—¿Qué haces tan de madrugada?

—Me levanto con el día.

—¿Para qué?

—Para herir.

—¿De dónde vienes?

—De Occidente.

—¿Quién te envía?

—El Vengador.

—Da una prueba de tu misión.

—Aquí está.

Y presentó al vigilante una placa de madera de forma octógona. En la placa estaba escrita la palabra BADEN.

El vigilante se cercioró de la identidad; luego dejó caer el signo de reconocimiento del recién llegado en una urna donde había depositado las placas de los hermanos que habían precedido á Schlick. —¿Y éste?—preguntó á Schlick, designándole con el dedo al desconocido.—¿Quién es?

—Un ciego, —respondió éste en excelente alemán.
 —¿Qué vienes á buscar aquí?—preguntó el vigilante.
 —La luz.
 —¿Tienes padrino?
 —Tengo por padrino al que me precede.
 —¿Responde de ti?
 —Pregúntaselo á él mismo.
 —¿Respondes, hermano, de quien nos presentas?
 —Respondo de él.
 —Está bien, —dijo el vigilante.—Que entre en el cuarto de las meditaciones. Cuando llegue la hora de recibirle, se le llamará.

Y, abriendo una puerta excavada en el muro, introdujo al compañero del tío Schlick en una especie de calabozo, alumbrado por una lámpara, sin más muebles que un asiento y una mesa de piedra, semejante á la en que, según la leyenda del Rhin, está sentado y duerme, con sueño encantado, hasta que Alemania despierte para proclamar su unidad, el emperador Federico Barbarroja.

En cuanto á Schlick, dejando á su joven camarada entregado á sus meditaciones, se adelantó hacia una verja que daba paso á la sala principal. La verja, empujada por el vigilante, se abrió delante de él.

V

La Unión de Virtud

Aquella verja daba, según hemos dicho, á una sala subterránea, llamada sala del Consejo; estaba completamente tapizada de negro, y alumbrada por una lámpara que colgaba del techo, sostenida por una cadena de hierro.

Debajo de la lámpara había un grupo de armas compuesto de fusiles, espadas y pistolas, amontonados sin orden, pero dispuestos, sin embargo, de modo que, en caso de peligro, pudiese cada cual, en un instante y de un salto, escoger el arma que le conviniese. La luz de la lámpara caía sobre los cañones de los fusiles y las pistolas, y sobre las hojas de los sables y las espadas, reflejándose en amenazadores relámpagos.

Más allá del montón de armas, junto á la verja de entrada, levantábase una mesa de mármol negro destinada al presidente del sombrío conciliábulo, encima de un estrado de tres peldaños.

Detrás de la mesa elevábase el respaldo del sillón presidencial, coronado por un águila de bronce, que no era ni el águila de dos cabezas de la antigua casa de Hapsburgo, ni el águila de una sola cabeza de la novel casa de Prusia, ni el águila bizantina de Carlomagno; aquel escaño parecía, á la vez, sillón y trono.

Diez y seis barriles llenos de pólvora, colocados circularmente á ambos lados de la pirámide de armas, servían de asiento á los afiliados. Aquellos barriles indicaban que, en caso de sorpresa, el deber de los miembros de la asociación era hacerse saltar y hacer saltar con ellos á sus compañeros, antes que rendirse.

Una sola puerta daba ingreso á la sala.

Es posible que, debajo de las colgaduras negras de que hemos hecho mención, hubiera otras puertas; pero, si existían, estaban ocultas á las miradas, y eran conocidas sólo de los *videntes*.

Cuando la reja se cerró detrás de Schlick, daban las doce y media en un reloj invisible.

Un hombre enmascarado se destacó de uno de los grupos que formaban los afiliados, y, subiendo al estrado:

—Hermanos, —dijo, —escuchadme.

Hízose silencio, y todos se volvieron hacia el que pedía la palabra. —Hermanos, repitió; —la noche avanza, el tiempo pasa.

Luego, dirigiéndose al vigilante:

—Vigilante, —preguntó; —¿cuántos *videntes* hay?

—Diez y seis, contándome á mí, —respondió el vigilante.

—Entonces el décimoséptimo es traidor, prisionero ó ha muerto, —dijo el personaje que había hecho la pregunta; —porque ¿quién se atrevería á faltar á la cita, cuando ésta tiene por objeto la liberación de Alemania?

—Hermano, —replicó el vigilante, —el décimoséptimo no es traidor, ni prisionero, ni ha muerto: está de centinela en la puerta, bajo el uniforme de soldado austriaco.

—En este caso ¿puede abrirse la sesión?

Las cabezas se inclinaron en señal de asentimiento.

—Hermanos, —prosiguió el mismo orador; —no olvidemos que, lo mismo que en el Congreso cada ministro representa á un rey, aquí también cada uno de nosotros representa á un pueblo. Vigilante: llamad por nombres.

El vigilante pronunció, unos tras de otros, los nombres siguientes: —Baden, Nassau, Hesse, Wurtemberg, West-